

**Juan Berlín (Johannes Berlin Neubart) (editor)**

# Boletín de Metodología

para los presentes y futuros  
maestros Waldorf.

## Boletín Número 1.2

Dr. Walter Bühler

En TORNO AL FACTOR TEMPORAL DEL DESARROLLO HUMANO  
Retardación y Aceleración

La mayoría de los problemas que enfocan la sociología, la pedagogía y la medicina actuales, adolecen de una imagen deficiente del hombre, ya que las ciencias naturales hasta ahora no han podido poner de relieve la verdadera diferencia entre él y el animal, algo solamente posible cuando la ciencia amplíe sus métodos de investigación. El andar erguido, la facultad del habla y el máximo peso del encéfalo en relación con el peso del resto del cuerpo, no son más que síntomas que acusan la presencia de aquello que eleva al hombre, vehículo de un yo, a individualidad. Sin embargo, ese elemento espiritual no es exteriormente tangible, ni, menos todavía, medible o pesable. En el futuro, mucho depende de que se investigue, más y más concretamente, el espíritu humano como principio agente, y de que se siga su proyección y acción dentro de la corporeidad hasta en los últimos procesos fisiológicos. Sólo entonces será cuando también las diferencias entre la antropogénesis y la zoogénesis se presentan a su debida luz. Ya Erwin Schrödinger, premio Nobel de física, en su libro *¿Qué es la Vida?* Nos llama la atención sobre el misterio de la personalidad humana (N. del T.)

Esta investigación podrá esclarecer también un enigma para el cual la antropología contemporánea todavía no ofrece explicación: la extrema lentitud de la evolución del hombre. El hecho de que el organismo humano, en condiciones normales requiere más de veinte años para alcanzar su plena madurez, constituye un fenómeno singular frente a la serie de los mamíferos. El infante duplica su peso de recién nacido tan sólo después de cinco meses; el bovino, después de 47 días y el conejo después de seis. Ni siquiera los simios más próximos al hombre pueden permitirse el lujo de intercalar, entre la aparición de los dientes de leche y la pubertad, una pausa de varios años, después de los cuales pasarían otros antes del total crecimiento. Con miras a este fenómeno, así como otros, por ejemplo, la falta de un pelaje regular como el que tienen los animales, el anatomista holandés Bolk sospechó que la "causa de la antropogénesis" fue una anomalía en el

funcionamiento de alguna glándula endocrina. En realidad, sin embargo, ese hecho negativo es el ardid decisivo del que se vale la naturaleza para levantar al hombre a su reino natural que tiene sus propios perfiles inconfundibles sobre el psiquismo animal, y así realizar un ennoblecimiento, legítimo a la vez que supremo del proceso creador.

El profundo significado de la lentitud que podríamos llamar “retardación” vinculada con gran variedad de otros fenómenos que significan contención, tales como la regresión en la formación de cuernos, pezuñas, colas y colmillos de las formas animales perlesadas en su diferenciación, es la prolongación de la juventud autocreadora del hombre en relación con el animal.

El concomitante “mantenerse abierto” y “conservar la plasticidad” permite la entrada de un yo como miembro constitutivo autónomo en el organismo mamífero. El enigmático tomarse el tiempo” del hombre, que implica desventaja corporal para la organización infantil en comparación con el animal y la deja desamparada por un tiempo desproporcionalmente largo, en la “lucha por la existencia”, es una expresión de la lenta y progresiva interiorización de la entelequia en el substrato biológico ofrecido por la corriente hereditaria de los padres. “La penetración del yo supone que la organización se mantiene abierta aún después de la primera infancia, pues sólo así puede la figura humana convertirse paulatinamente en trasunto de la individualidad” (Véase Poppelbaum: Hombre y Animal).

Nos encontramos aquí ante un fenómeno fundamental, jerárquicamente superior a todos los procesos físicos y psíquicos de la evolución, fenómeno que nos permite medir la calidad del acierto de todas las medidas de formación pedagógica, así como de terapéutica médica. Mal aconsejada se halla la madre que administra al bebé productos lácteos artificiales con aditamentos de vitaminas, hormonas y proteínas, y así logra duplicar el peso inicial del bebé con la mitad del tiempo previsto por la naturaleza. La “rebotante salud” del lactante sobrealimentado encubre un engaño: la excesiva actividad metabólica en la primera infancia acarrea la prematura paralización en la vejez. Por algo ha de ser que la leche materna humana tiene el más bajo porcentaje de proteínas en comparación con la de cualquier animal, a saber, el 1.6%. En cambio la del conejo, por ejemplo, tiene el 10.4%.

Consideraciones similares fueron las que indujeron a los médicos de orientación antroposófica en Alemania a levantar su voz de alarma contra el disparo de la inyección de Vigantol (Vitamina D), solo permitida y practicada en Alemania, y que sólo ahora, muchos años después, va siendo también descartada por la pediatría oficial. Los resultados de la disección, publicados por el Profesor Beuren, en niños de prematura calcificación de vasos y ventrículas, comprobadamente relacionados con la administración artificial de Vitamina D en forma no individual ni correctamente controlada, hablan de un lenguaje inequívoco. Pero semejantes casos extremos de lesiones permanentes que no se pueden constatar de inmediato y que se manifestarán en los decenios posteriores de la vida, por ejemplo en forma de arterioesclerosis prematura con todas sus nefastas secuelas.

Con muchas de nuestras medidas inmediatas y sus éxitos fulminantes, no estamos moviendo en las tinieblas, porque perdemos de vista el contexto biográfico global. Nos parecemos al observador de un tablón de equilibrio en el jardín de niños, que solamente ve de uno de los extremos, ya que se halla el otro oculto por un arbusto. Este observador puede caer en el error de creer que el movimiento del tablón termina en el centro que él toma por extremo. Sin embargo, a cada descenso del tablón en un lado, corresponde un ascenso en otro y viceversa. Así es como toda medida que concierne al organismo infantil, intervenimos no solamente en su situación actual, sino en una estructura temporal de carácter global, cuyas oleadas y contraoscilaciones se extienden por todo el largo de la vida.

En efecto en nuestro organismo impera, en cualquier etapa de la vida y entre todos los procesos fisiológicos, una constante renovación niveladora en continuo cambio, cuya suprema ley es el equilibrio entre nuestra naturaleza órgano-corpórea y la anímica-espiritual. E el ritmo de sueño y vigilia, este misterio hallase al alcance de todos. Pero también existe un equilibrio entre los permanentes procesos anabólicos rejuvenecedores y los catabólicos del envejecimiento. Cuando la entidad espiritual del hombre actúa en los procesos embrionales, la alimentación, la hematogénesis, el crecimiento y la configuración, se hunde en las honduras orgánicas, se olvida de sí misma y de su origen celeste. Para “volver en sí” como ser terrestre encarnado, tiene que atenuar los procesos orgánicos, sosegarlos o incluso suprimirlos. Sólo así puede esa entidad emanciparse relativamente de ellos y enfrentarse, con plena conciencia de su yo, al mundo circundante y a la propia corporalidad. Esto sucede sobre todo en los procesos de catabolismo, pero también en toda osificación. De ahí que la prorrupción de la dentadura definitiva haya que considerarse como paso de capital importancia en la encarnación. Las fuerzas formativas que se liberan en esta configuración y endurecimiento del organismo, quedarán como energías de memoria y de representación, esto es, como energías de plasmación espiritual a disposición del yo del niño en progresivo trance de despertar. La madurez fisiológica para la entrada a la escuela la determina pues, el cambio de los dientes.

Inversamente, con todas nuestras medidas educativas y otras, intervenimos siempre en dos aspectos en este delicado rejuego físico-psíquico del organismo. De ahí que la mencionada inyección de Vigantol produce no solamente un endurecimiento prematuro o excesivo, sino -psíquicamente hablando- un despertar acelerado en el sentido de precocidad. Psíquicamente, la supresión de una fiebre saludable por medio de drogas poderosas acarrea el peligro de un debilitamiento de la voluntad, puesto que nuestro yo, como entidad volitiva, actúa y se halla aposentado fisiológicamente en los procesos térmicos. No cabe duda de que es posible forzar el aprendizaje prematuro de la lectura y escritura, ya que por ser el organismo infantil de una elasticidad casi inagotable todo proceso que transcurre en el tiempo es, desde luego, susceptible de aceleración o retardación. Todo despliegue prematuro de la conciencia descansa en los procesos catabólicos del sistema nervioso y significa al mismo tiempo, psicósomáticamente hablando, que lo psíquico-espiritual se desprende antes de tiempo de la organización global y quede asociado a los delicadísimos procesos de endurecimiento y senescencia. Debido a que el organismo infantil dispone de grandes reservas de energías vitales, esos procesos no saltan inmediatamente a la vista del observador superficial. Sólo en el caso de organismos ya de por sí debilitados, reacciona el niño tarde o temprano con nerviosidad, jaqueca, inapetencia o anemia. También aquí es decisiva la pregunta de cómo la explotación inmoderada del organismo infantil se proyecta fisiológicamente sobre toda la segunda mitad de la vida. Sabido es, por ejemplo, que los juguetes mecánicos en manos de niños menores de siete años, merman no solamente su capacidad imaginativa, si no propician la posterior propensión a la diabetes.

Para terminar, detengámonos ante el gravísimo fenómeno que progresivamente va afectando a toda la humanidad civilizada: la aceleración. El concomitante aumento de peso y estatura de los individuos, pero más que nada el adelanto de la pubertad con toda su problemática, son hechos profundamente inquietantes: toda aceleración de los procesos de maduración humana, debilita la evolución del hombre como ser dotado de un yo, corrompe el cuerpo como vehículo del espíritu libre y creador.

La aceleración es, pues, sinónimo de animalización. Hasta en tanto no comprendamos plenamente las causas de esa aceleración ya en marcha, y seguramente concomitante con nuestra civilización, nosotros los médicos tenemos la obligación de dar la voz de alerta, con suma gravedad y rigor, contra toda clase de tendencias aceleratorias adicionales; es decir, contra todo artificio que se pretenda aplicar al desarrollo humano. Lo eterno en el hombre que procede de la región más allá del espacio y del tiempo, y que viene a penetrar en nuestro mundo de espacio y de tiempo, necesita cierta medida de tiempo natural para alcanzar su plena madurez terrenal. El respeto a esa justa medida de tiempo ha de ser nuestra ley suprema.